

La gente castellana, que velaba,
Segun que tal peligro requeria,
Ninguna cosa destas ignoraba
Por indios que tomaba cada dia;
Y por sus pocas fuerzas recelaba
Junta de tan proterva compañía;
Pero con recelallos y temellos
Determinaron ir en busca dellos.

Y no sin aficiones y cuidados
Que suelen agravar esta balanza,
Llamó Joan Ponce todos sus soldados,
Dignísimos por cierto de alabanza;
Y estando todos congregados,
Sin muestra de temor y destemplanza,
Como varon en todo suficiente,
Me dicen que les dijo lo siguiente:

«No creo que terneis por villanía
Decille que defienda su partido
A quien con tan suprema valentía
Me consta bien habello defendido;
Pues puede redundar en culpa mia
No ser en este caso proveido,
Para que á valor tan infinito
Ayudemos siquiera con un grito.

» Porque así como sobra de razones
Engendra confusión en los oyentes,
Así do quier que faltan prevenciones,
Suelen nacer cien mil inconvenientes,
Que paren otras muchas ocasiones
Por do suelen perderse muchas gentes,
Y mas en guerra y el contrario junto,
Do no conviene que se pierda punto.

» Movido pues, señores, deste celo,
No sin vacilaciones varias, oso
Deciros que hollais ajeno suelo,
Y tenéis enemigo poderoso;
Que cumple no durmamos sin recelo,
Que conviene tener poco reposo,
Que demos orden para que esta plaga
Con menos riesgo nuestro se deshaga.

» Y cierto no conviene que los buenos,
En riesgo del honor y de la vida,
Hagan cosas á poco mas ó menos;
Sino por una regla bien medida,
De la cual los que fueren mas ajenos
Hallarán mas cercana la caída;
Pues á quien corre sin mirar por dónde
No siempre buena dicha le responde.

» Considerando pues la gran compañía
De gente tan cruel y tan molesta,
El desorden notable quanto daña,
Un pesado descuido quanto cuesta;
Deseo que nos demos buena maña
En este postrer trance que nos resta,
Porque después gocemos sin zozobra
Fructuoso trabajo desta obra.

» Pues si nuestras zozobras tienen vado,
Como tengo de Dios la confianza,
Será vuestro trabajo conmutado
En vida de placer y de holganza,
Y cada cual muy bien galardonado
De lo que el rico Boriquén alcanza;
Todo lo cual parece que asegura,
Demás del gran valor, vuestra ventura.

» Esta conviene mucho que sigamos
Huyendo del peligro los extremos,
No para que del todo los temamos,
Sino que con recato nos guardemos,
Y para concluir lo que tratamos,
Antes que ellos nos busquen los busquemos;
Pues, jugando de mano, veces hartas
Desbaratan á trufos buenas cartas.

» Para ser de valor mas alentados,
Podeis encomendar á la memoria
Que en todos los reencuentros atrasados
Habeis gozado siempre de victoria,
Con hechos tan heroicos y esforzados
Que se les debe muy cabal historia,
Y no cumplir que pierdan los remates
Hazañas tan subidas de quilates.

» Si tiene parecer el hombre diestro,
Este es mi parecer y mi sentencia,
Aunque deseo yo saber el vuestro,
Pues no tenéis menor el esperiencia;
Y el que sintiere ser mejor maestro
Aquí para hablar tiene licencia;
Pues no siendo razon del todo vana
Escucharémosla de buena gana.

El número de aquesta compañía
Sin exceptarse del mozo ni viejo
En aquestas palabras se veía,
Como si fuera lumbre de un espejo;
Y así dijeron que lo que decia
Era necesarísimo consejo,
Y lo que contenian sus razones
Se conformaba con sus intenciones.

La voluntad de todos conocida,
Que fué para tal caso conveniente,
Aderezóse luego la partida
Con cuanta brevedad les fué posible;
Ochenta solos hacen la corrida
Contra los quince mil, gente terrible;
Dudosos se harán á los humanos
Tan altos hechos y tan soberanos.

» ¿Quién creará vencer á tan gran Marte
Estatura de tan pequeño codo?
» O cómo fuerza de militar arte
Para ello halló vía ni modo?
Mas peleaba Dios de nuestra parte,
Que con su voluntad lo vence todo;
Pues queda muy atrás valor humano
Donde pelea supotente mano.

Era tenido Salazar en tanto
Al tiempo que esta guerra se trataba,
Que el batey de los indios y su canto
Con gran veneracion lo celebraba:
Su nombre les ponía tal espanto
Que el indio mas soberbio mas temblaba;
Y en tiempo destas vueltas y rigores
Fatigábanlo mucho sus dolores.

Pues como vió Joan Ponce que se halla
Esta persona principal tan flaca,
Y que para romper cualquier batalla
Cuanto mas flaco mas esfuerzo saca,
A ciertos indios de canalla
Mandó que lo llevasen en hamaca,
Y así con el reguardo conviniente
De sus desnudos hombros va pendiente.

Salieron luego para la conquista
Con buena prevencion nuestros varones,
Sin hallar tropezon que los resista
De tantas y tan grandes poblaciones.
Finalmente, llegaron á la vista
De los embravecidos escuadrones,
Los cuales estuvieron muy atentos
Riéndose de sus atrevimientos.

Asentaron real, pequeño trecho
Del contrario sin grita ni ruido,
Teniendo por espaldas un repecho
Que hacia lugar fortalecido,
Para tales designos á provecho,
De maiz, leña y agua proveido;
El cual lugar les dió grande consuelo
Por habello hallado tan á pelo.

Como los nuestros pues allí viniesen
A hora poco mas de mediodia,
Para los provocar á que saliesen
Gran muchedumbre de indios acudia;
Españoles querian que rompiesen,
Joan Ponce de Leon no consentia;
Pero por ojear sobresalientes
Salieron hombres sueltos y valientes.

» Salíó Joan de Leon, mozo valiente,
Pero Lopez de Angulo, Joan Mejia,
Mostróse Salazar tan solamente
Que para mas licencia no tenia;
Porque de tan gran número de gente
La principal muy bien lo conocia,
Salíó Miguel de Toro, Joan Gonzalez,
Y hasta diez ó doce destos tales.

Demás de que las armas iban prestas,
Iban calzados de ligeras suelas,
Llevan un arcabuz y tres ballestas,
Los demás con espadas y rodela;
Y á los indios de plumas mas enhiestas
Aprietan, como dicen, las espuelas,
Mataron en aquesta rociada
Tres ó cuatro de gente señalada.

Los indios que volvieron afrentados
Causaron en los otros tal revuelta,
Que revolviéron mas determinados
Hasta doscientos, toda gente suelta;
Los españoles diestros y avisados
A nuestros escuadrones dieron vuelta,
Pareciéndoles bien el primer lance
Sin esperar mas riguroso trance.

Estando pues los nuestros en sus puestos,
Cada cual dellos bien aderezado,
Vieron entre estos indios bien dispuestos
Un indio grandemente señalado:
Las piernas y los brazos muy compuestos,
En los pechos cemi de oro labrado,
Y segun en su traza representa
Debia ser persona de gran cuenta.

Todos tenian pues la vista fija
En aqueste gandul que parecia,
No sin alteracion algo prolíja
Sobre saber de cierto quien seria;
Porque con las pinturas de la bija
De cierta ciencia no se conocia;
Mas en comun juraba gente nuestra
Ser el Ageuibana, segun la muestra.

Durante por palabras la pelea
Entre los adalides principales,
Dijo Joan de Leon: «quien quier que sea,
Bueno será que pague tantos males;
Y no venga la noche sin que vea
Las penas y tormentos infernales.»
El arcabuz tomó que va cargado,
Y por su rodellero Joan Casado.

Viendo que dos bajaban por la vía
Del fuerte do tenían sus pertrechos,
Ocurrieron los indios á porfía
Y á tomallos á manos van derechos;
Apuntó bien Leon á quien queria,
Y dióle por el medio de los pechos;
Cayó volcándose por aquel suelo,
Quedando los demás con gran recelo.

Pero con presuroso continente
Asieron á porfía del caido,
Sacandolo cargado prestamente
De aquel lugar adonde fué herido;
Y así como lo vió la demás gente
Dieron terrible grita y alarido,
Yéndose poco á poco retirando,
La muerte del cacique lamentando.

Convierten el placer en duro llanto
De verse reducir á servidumbre,
Y así decian todos con espanto
Aunque no lo tenían de costumbre:
«O los poquitos destos valen tanto
Como si fuese grande muchedumbre,
O han resucitado nuestros años
Y los demás cristianos que matamos.»

Confados de fuerzas y soltura,
Quisieran muchos ir en los alcances,
Pero Joan Ponce dijo ser locura
Y desvariadísimo balances:
«Dejadlos ir, que es guerra mas segura;
Pues Dios nos ha librado destos trances,
Daldes lugar á bien llorar su muerte,
Que el rey Ageuibana debe ser cierto.»

» Paréceme consejo muy mas sano,
Por libertad de tan pesado Marte,
Las gracias dello dar al Soberano,
Pues nos ha sucedido de tal arte
Que nos dió la victoria de su mano,
Siendo nosotros hartos poca parte:
Limosnas se harán y sacrificios
Reconociendo tantos beneficios.

» Iránse los caribes mal pesantes
Por verse padecer trances tan duros,
Dividiránse luego los restantes
De libertad perdidos ya sus juros;
Tenémoslos tan llanos como antes,
Y por ventura hartos mas seguros;
Que no hicieran ellos tal mudanza,
Si de volver tuvieran la esperanza.

» Por tanto, pues la gente queda sana
Y libres ya del encendido fuego,
Genemos lo que hay de buena gana,
Puesto que no durmamos con sosiego;
Volvemos hemos luego de mañana,
Que ganado tenemos este juego.
Con esto reportó la compañía,
Y se volvieron todos otro día.

Y así fué que después los boriquenos
Se quisieron rendir todos á una,
Los españoles vivos quedan buenos,
Y la guerra les da pena ninguna;
Joan Ponce de Leon ni mas ni menos
Gozaba de su próspera fortuna,
En paz con su mujer y con sus hijos,
En sus minas, estancias y cortijos.

Trajeron grande copia de ganados,
Necesarios á todos menesteres;
Vinieron á poblar hombres casados
Con sus familias, hijos y mujeres;
Varones diferentes en estados,
Ricos y caudalosos mercaderes,
Ocupan puertos varios navegantes
Y grande multitud de contratantes.

Lucen y resplandecen los arrees
Que cubren las humanas proporciones,
Hay justas, juegan cañas hay torneos,
Con grandes variedades de invenciones,
Satisfacen riquezas sus deseos,
Vanse poblando nuevas poblaciones,
Las cuales eonoci con gran provecho,
Pero ya muchas dellas se han deshecho.

Tenían de oro ricos nacimientos,
De cosas necesarias gran hartura,
Hay grandes hatos, hay heredamientos,
Hay por la isla toda gran cultura;
Celebráronse muchos casamientos
Con damas de valor y hermosura,
Y acuérdome de aquestos pobladores
Que dejaron algunos sucesores.

Gaspar y Garcí Troche, principales
En estos regimientos y gobiernos,
Hombres en toda cosa tan cabales
Que del dicho Joan Ponce fueron yernos;
Francisco y Joan de Toro, y otros tales
Para cualquier peligro nada tiernos,
Francisco de Alvarado, Diego Ramos,
Que por varon ilustre lo contamos.

Diego de Cuéllar, Pedro de Espinosa,
Y con ellos Victor y Joan Guilarte,
Pedro de Mata que en cualquiera cosa
De honra no le daban poca parte.
Castellanos, persona generosa
En cuanto clara parte nos reparte,
Y aqueste generoso caballero
Fué después en la isla tesoro.

Francisco de Mayorga, tan bastante
En todo cuanto puede ser nobleza,
Que ningunos pasaron adelante
Y pocos en posible de riqueza;
Joan de Mayorga, hijo, semejante
En discreción, honor, virtud, proeza,
Que vive, y es persona señalada
En este nuevo reino de Granada.

Persona de mi hartos conocida,
Pues vi que en escuadrones de Belona
Ha servido muy bien toda su vida,
Y sirve hoy á la real corona;
Tiene mujer que tiene merecida
Alabanza inmortal de su parte,
Dicha doña Maria de Cazalla,
Que soy muy poco yo para alaballa.

Ansímismo hicieron allí rancho
Un Baltasar Cáncer y Joan su hermano,
En honor sin venille nada ancho
Dicho Ruiz Barrasa tuvo mano;
Hubo también aquel Francisco Joancho.
Muy rico y caudaloso baquiano,
Alonso Manso, Baltasar de Castro,
Que de fama no dejan menos rastro.

A Hernán Sanchez Alemán me llevo,
Hombre de gran valor y mucha suerte,
Al cual yo conocí ya medio ciego
Con Joan de Vargas, otro varon fuerte;
Ansímismo Garcí de Villadiego,
Y el triste que murió de mala muerte,
Cristóbal de Guzmán, y diré cómo,
Por ser un caballero de gran tomo.

Puesto caso que estaba ya hollada
La isla con sus indios todos llanos,
Era también á veces infestada
De todos los caribes comarcanos;
Y en diferentes tiempos salteada
Con harta perdición de los cristianos,
Acometiendo con escuridades
Los hatos, las estancias y heredades.

Y en las rebeliones desta tierra,
En un cierto reencuentro riguroso,
Mataron, según uso de la guerra,
Un Cacimar, cacique poderoso;
El Yahureibo, desta gente perra
Cacique por extremo belicoso,
Quiso venir con poderosa mano
Para vengar la muerte del hermano.

En piraguas, que son como galeras,
Metió trescientos indios escogidos,
Del Boriquén tomaron las riberas
Sin ser vistos, oídos ni sentidos,
Acecharon caminos y carreteras,
Por las cuales van bien apercebidos,
Al Daguao sus pasos encaminan,
Y á las estancias que con él confinan.

Allí tenía principal estancia
Guzmán con cantidad de frutos varios;
Sería media legua la distancia
Del puerto do saltaron los cosarios;
El Guzmán sin ninguna vigilancia,
Ni miedo, ni recelo de contrarios,
De tal manera, que por plaza rasa
Llegaron hasta le cercar la casa.

El resplandor del sol era salido
Cuando salió también la gente fiera,
Acudió con los suyos al ruido,
Por tomar un caballo, si pudiera;
Pero luego de yerba fué herido
En el primero pié que puso fuera,
Y como vido tantos al encuentro
Parecióle mejor volver adentro.

Mas los voraces indios inhumanos
Tuvieron en entrar tal osadía,
Que vivo lo tomaron á las manos
Con las negras é indias que tenía;
Y de negros é indios mas cercanos
Para comer mataban á porfia,
Maniaban los miseros captivos,
Y llevan á los muertos y á los vivos.

Aquesta montería concluida
Y recogido todo lo restante,
No dilataron mucho su partida
Por no cumplir en salto semejante,
Llevando con la gente recogida
Al dicho don Cristóbal por delante,
El miserable triste maniado
Y de rabiosos perros rodeado.

¡Oh fortuna cruel! ¡oh hado ciego
Que tantas vueltas y revueltas fraguas!
Pues llegados al mar lo meten luego
En aquellas sus barcas ó piraguas;
Y por no les cumplir mucho sosiego
Arando van las inquietas aguas,
Con crecido caudal, con rica presa,
Y de carnes humanas larga mesa.

Coróle Yahureibo la herida,
Gozoso de tener tan buen captivo,
No tanto por quererle dar la vida,
Cuanto por se servir dél siendo vivo;
Es el dolor del pié muy sin medida,
Mas el del corazón mas escesivo,
Por no se descubrir hora segura
Ni cosa que no fuese desventura.

Pues la vil y proterva compañía
Por las islas se fué regocijando,
Segun comun costumbre que tenía,
Comiendo de los presos y matando
La pieza que mejor les parecia;
Y por derecha vía navegando,
Llegó con buenos tiempos y zaborada
En la isla que llaman Virgen-Gorda.

En aquella sazón y coyuntura
Que llegó la compañía monstruosa,
Iba nuestro hidalgo sin ventura
Trabado de la yerba ponzoñosa;
Y conociendo ser de poca dura,
Por dalle muerte mas calamitosa,
Mandáronlo poner en un madero
Do todos le tiraron á terrero.

En aquestos tormentos apartados
De todo cuanto puede ser clemencia,
Los ojos á los cielos levantados
Con suma devoción y reverencia,
Demandaba perdon de sus pecados
Armado de grandísima paciencia;
Dió fin á los trabajos deste suelo
Para gozar descansos en el cielo.

Pues no fué por entonces encubierto
Ser hombre de santísimas costumbres,
Y sus negras dijeron por muy cierto,
Presentes á las dichas pesadumbres,
Que en el mismo lugar donde fué muerto
Aquella noche toda vieron lumbres;
Quisieran ellas dalle sepultura,
Mas no lo consintió la gente dura.

Una que quiso ser mas atrevida,
Dicha Isabel, mujer de mas coraje,
De golpe de macana fué herida
Por uno del ejército salvaje;
Al fin, cuando hicieron su partida,
Lo mandaron echar al rebalaje
Del agua sin que nadie le tocase,
Para que el agua misma lo llevase.

Faltóles á los nuestros la paciencia,
Entendida la nueva lastimera,
Haciéndoseles cargo de conciencia
No ir tras esta gente carnícera;
Y así se procuró con diligencia
Efetuar con tiempo la carrera,
Pensando redimir aquel captivo
Que todos sospechaban estar vivo.

Para poder llegar á los confines
De los caribes fieros, atrevidos,
Aderezaron buenos bergantines
De cosas necesarias proveidos;
Los soldados que llevan son insines
En militares artes escogidos,
Y fué por general en el armada
Joan de Yúcar, persona señalada:

Persona que de mí fué conocida,
Con sus armas, banderas y estandarte;
Y así, si Dios á mí me diere vida,
Diré mas largo dél en otra parte;
Los capitanes fué gente lucida,
Entre quien la restante se reparte:
El uno dellos fué Joan de Avendaño,
Que me dió larga cuenta deste daño.

El cual anduvo bien este camino
Mostrando gran valor en la jornada,
Y este día de hoy es mi vecino
En este nuevo reino de Granada:
Fué Benito Velazquez, hombre dino
Que su persona sea celebrada,
Y ansímismo Limon, y Alberto Perez,
Consultores en estos pareceres.

De muchos valerosos desta gente
Pudiera hacer nómina prolíja,
Mas agora diré tan solamente
Del capitán Alonso de Librija,
Que para todas cosas de valiente
Su gran industria fué no menos fija;
Y así dejemos el armada presta
Para decir después lo que me resta.

CANTO SESTO.

Donde se cuenta cómo llegó el armada á la Dominica, cómo cobraron las negras de Cristóbal de Guzmán y muchas indias, y lo que mas sucedió, con otros saltos que después hizo Yauzaco en la isla de San Juan ó Boriquén.

Bien puede ser que el triste se consuele
Con esperar socorro de algun bueno,
Mas comun opinion del vulgo suele
Decir de pelo cuejal mal ajeno;
Pues aunque el singular á muchos duele,
Allí dolerá mas do fué mas lleno,
Y este con mas solicitud procura
Antídoto que pueda dalle cura.

Cristóbal de Guzmán mujer tenía,
Señora dé muy gran merecimiento,
Que doña Mayor Vazquez se decía;
La cual con increíble sentimiento
Gran cantidad de gentes traía
Sin poder comportar detenimiento,
Y para recobrar su dulce prenda
Gastaba de sus bienes y haciendas.

No pudo falta ser que no cumplierse
Por orden y concierto conveniente,
Sin querer reparar en interese,
Con tal solicitud que es increíble;
Hizo pues que el armada se partiese
Con cuanta brevedad le fué posible,
Llevando capitanes y sarjentes,
Soldados poco menos de doscientos.

En cinco bergantines artillados
Partieron pues de nuestra isla rica,
Y tres ó cuatro dias navegados
Llegaron á la de la Dominica;
Do tomaron los indios descuidados,
Segun la relacion nos certifica;
Y así saltaron bien apercebidos
A la parte del sur sin ser sentidos.

Puestos en tierra ya desta manera
En un puerto de azufre nada faltó,
Esperaron la noche venidera
Para poder hacer algun buen salto;
Encubiertos muy bien con la ribera
Y con sus atalayas en un alto,
Esperaban el tiempo mas oscuro
Para poder salir sobre seguro.

Sería media noche ya pasada,
Cuando con el recato conveniente
En tierra salta gente bien armada,
Y el camino que llevan es patente;
Y así, poca distancia caminada,
En un pueblo se dió de mucha gente;
Y repartidos bien por sus cuarteles,
Tocaron la trompeta los fieles.

Entraron los que estaban repartidos
Con gran solicitud y diligencia,
Recordaron los indios atrevidos
Sin rehusar guerrera competencia;
Mas eran luego muertos ó rendidos,
Sin les bastar su viva resistencia;
Tomaron grande copia de captivos
De los restantes que quedaron vivos.

Con manos prestas y con piés livianos
Se recorrían los demás andenes,
Halláronse preseas de cristianos
Y cantidad de los robados bienes;
Vinieron las tres negras á las manos,
Muchas antiguas indias boriquenes;
Al puerto se volvieron manos llenas,
Y los caribes indios en cadenas.

Metieron en la mar la gente perra,
Por mas asegurar que no se vaya,
Los bergantines el proís en tierra,
Los nuestros divertidos por la playa;
Mas los caribes hombres son de guerra,
Y el caribe feroz jamás desmaya;
Hiciéronse después otras dos suertes
En pueblos, y no fueron menos fuertes.

Al tiempo que el cristiano se vestía
De mas victoriosas esperanzas,
El indio Yahureibo no dormía
Trazando mil maneras de venganzas,
Holgando de ver nuestra compañía
Con unas descuidadas confianzas;
Y así por tierras, y otros en piraguas,
Les tomaron las tierras y las aguas.

Tenia la bahía señalada
Al lado, promontorio montuoso,
Donde hizo poner un emboscada
De gente de furor impetuoso;
Y hizo por la mar ir en armada
Con las piraguas capitán mañoso,
Para que juntos dos caudillos diestros,
Por mar y tierra diesen en los nuestros.

Efetuadaos estos pareceres,
Que para su defensa convenian,
Y gozando los nuestros de placeres,
Pues sin ningun temor se divertian,
Alzó los ojos un Alberto Perez,
Y vido las piraguas que venian,
Tirios mandó soltar en continente
A fin de recoger toda la gente.

Oida la señal que les espresa
Que venga cada cual y se reguarde,
Acudieron los nuestros á gran prisa,
La mayor parte dellós algo tarde;
Pues en ejecución de su promesa,
Yahureibo llegó con gran alarde;
Tanto que se juzgó por buenos fines
Cortar los cables á los bergantines.

Por la mar se hicieron á lo largo
Las cuatro que pudieron evadirse,
Tomando todos ellos á su cargo
Con los de las piraguas combatirse;
Mas Benito Velazquez, muy amargo,
No pudo de la playa desasirse,
Porque cargó sobre él tanta potencia
Que ya no le bastaba resistencia.

Defendiáanse bien los del espada,
Daban crúeles golpes y pesados;
Mas era tan espesa la nevada
De flechas y de dardos afilados,
Que de la gente noble mas granpada
Le mataron allí treinta soldados,
Y el Benito Velazquez todavía
Con supremo valor se defendía.

Al tiempo que el rebato sobrevino,
Del puerto se halló muy apartado
Un hombre trapanés, buzo marino,
En coger ciertas frutas ocupado:
Al puerto revolvió; mas cuando vino
Viólo por todas partes rodeado,
Y por estar en peso la porfia
Nadie lo pudo ver cuando venía.

Viendo tan claro riesgo de su vida,
Sin hallar por adonde se escapase,
Con sumas voces hizo gran corrida
A ellos, sin que punto reparase;
Pensando ser de gente mas crecida,
Abrióronle lugar por do pasase;
Y como nada vido por delante,
Se pudo zabullir en el instante.

Los indios, admirados deste hecho,
Miraban do salía por flechallo,
Gran parte dellós puestos en acecho,
Mas ninguno podía devisallo;
Porque fué por debajo tan gran trecho,
Que flechas no pudieran alcanzallo;
Entre tanto Velazquez con gran brío
Pudo cortar los cabos del navío.

De la playa salió menoscabado,
Y luego recogió, como debía,
Al trapanés, que estaba sobreaguado;
Al cual no se le niegue que este día,
Como varon astuto y avisado,
Se valió del oficio que sabía;
El Velazquez, salido deste fuego,
A la naval batalla se fué luego.

Porque todos andaban á las manos
Con la caribe gente monstruosa:
Los bárbaros gallardos y lozanos,
Sin perder punto de ninguna cosa,
Y fatigados ya nuestros cristianos
A causa de la yerba ponzoñosa;
Y aun el artillería no jugaba,
Porque también la pólvora faltaba.

La cosa de temor anduvo suelta,
Acometiéndoles por todos lados:
De los indios también en la revuelta,
Algunos pocos fueron derribados;
E ya sin almacén dieron la vuelta,
Y es de creer también que de cansados,
Mas de los nuestros hecha bien la cuenta,
Faltaron de doscientos los cincuenta.

Este negocio desta suerte hecho,
Llevaron á San Joan el desengaño,
Puesto caso que no con pié derecho,
Pues á todos causó dolor extraño:
Fué de pocos quilates el provecho
En consideracion de tanto daño,
Y el Yahureibo, gran varon de guerra,
Otras veces corrió también la tierra.

Porque pasada ya cierta distancia
En continuacion de su camino,
Dió con doscientos indios en la estancia
De Martin de Guiluz, el vizcaino;
Mas Sebastián Alonso con constancia
De buen varon y de leal vecino,
Estando los dos mal, supo la nueva,
Y fué, para cobrar lo que le lleva.

Con caballo veloz y dura lanza,
Corriendo por aquella gran dehesa;
Antes que se embarcasen los alcanza,
Y les quitó los indios y la presa:
Deshizo su valor y su pujanza,
Redimiendo manjares de su mesa;
Alanceando muchos, y hiriendo
Hasta la mar los iba persiguiendo.

Rompiendo varonilmente por ellos,
Con el gentil caballo do venia,
A muchos arrastró por los cabellos,
Y á los negros los daba que traia,
Que los átasen por servirse dellos
En minas y en estancias que tenia,
Entre ellos uno, ya varon anciano,
Que traia dos flechas en la mano.

El cual como se vió torcer la frente
De fuerza que juzgaba no ser tierna,
Determinó de dar á manteniendo
Con ambas á dos flechas por la pierna,
Untadas del veneno pestilente,
Que el mas entero seso desgoberna;
Y el caballero viéndose herido,
Mató de mala muerte su vencido.

Desbaratadas estas compañías,
Volvióse las heridas recelando,
Y desde á poco dió fin á sus días
Con gran conocimiento, mas rabiando;
Acabaron sus grandes valentías,
Con grande compasion de nuestro bando,
Hizo cosas no dignas de tiniebla
Fué andaluz y natural de Niebla.

Demás desto que el verso certifica,
Después de muchos días, cierto día,
Dió gente, de la dicha Dominica,
Con el astucia y orden que solia,
En pueblo de Luisa la cacica,
Do estaba de presente Joan Mejia,
Aquel fuerte varon, de color loro,
Cuya muerte causó no poco lloro.

La india le decia que huyera,
Mas él le respondió con lo que piensa:
«Eso no me conviene, ni Dios quiera
Que mi honra padezca tal ofensa;
Ni te dejaré yo desta manera
Aunque sepa morir por tu defensa;
Y así del tal asalto descuidado,
No pudo salir bien aderezado.

Debajo de su fuerte confianza,
Viendo los enemigos estar dentro,
Salió con una espada y una lanza
A fin de resistir primer rencuentro;
Mas fué demasiada la pujanza
De los que le salieron al encuentro;
Y con ver ante sí tan gran potencia,
No dejó de hacer gran resistencia.

Vió luego con Chaquiras y Pomáres,
Gallardo capitán que los mandaba,
Al cual atravesó por los ijares
Con la lanza jineta que llevaba;
Hizo después bien anchos los lugares
Por aquel escudron de gente brava,
Como toro feroz y madrigado,
Que por diversas partes es picado.

Fué tan feroz en el arremetida,
Y la priesa que dió fué de tal suerte,
Que tuvieron por buena la huida,
Con temor de la sangre que se vierte,
Mas no quedó seguro de su vida,
Antes con certidumbre de la muerte,
A la cual en tres días fué cercano,
Haciendo diligencias de cristiano.

Deste pernicioso nocumento
La Luisa quedó muy mal herida,
La cual murió con buen conocimiento
Aunque era nuevamente convertida;
Quedóle hasta hoy al tal asiento
Su nombre, y es estancia conocida,
Quedando de grandeza tan notoria,
De gente solamente la memoria.

Después el Yahureibo tan molesto
Continuaba tanto su venida,
Que cada cual dormia por su puesto
Con grandes detrimentos de la vida;
Ponían por la isla para esto
Gente de guarnicion apercebida,
Con Sancho de Aragon, diestro caudillo,
Y con ellos el perro Becerrillo.

Las furias y rigores desta llama
Sosegarían hasta medio año;
Después de las estancias de Guayama
Volvieron los caribes al engaño;
Y á Sancho de Aragon llegó la fama
Cerca de do hicieron aquel daño,
El cual con el recado conveniente
Vinó con cuanta priesa fué posible.

Ya cuando Sancho hizo su llegada
El escudron feroz de gente perra,
Grande presa tenían embarcada,
Quedándose los mas dellos en tierra:
Anduvo la refriega bien trabada,
Duraron los rencuentros de la guerra;
Mas los indios huyeron á las aguas
Para se guarecer en las piraguas.

Al tiempo que el rencuentro mas ardia,
No poca parte fué para vencellos,
El perro Becerrillo, que hacia
Pedazos las ijadas y los cuellos,
Y en continuacion de su porfia,
A nado por la mar entró tras ellos,
Do uno de los que él despedazaba
Lo hirió con las flechas que llevaba.

Después que se sintió desta manera,
Y al que mal lo trató dejó sin vida,
Volvió con brevedad á la ribera
En busca de la gente conocida;
Como si de razon uso tuviera,
Sentimiento mostró de la herida:
Curáronlo quemándolo con fuego,
Pero nada prestó, pues murió luego.

No murió con rabioso desconcierto,
Aunque fué del veneno pestilente;
La falta deste perro causó cierto
Grandísimo dolor á nuestra gente;
Y porque no se viese que era muerto,
Lo mandan enterrar secretamente:
Para los indios fué plaga terrible,
Y dellos se juzgó por invencible.

Después que esta desgracia les avino,
Supieron que la gente carnícera
Acia Vieque hizo su camino,
Pegada con San Joan, isla frontera,
Do con humana carne de su vino
Hicieron una larga borrachera,
Y nuestra gente casi de improvisó,
A los de San Germán dieron aviso:

Pueblo do yo vi muchos moradores,
Frecuencia de navios y de barcas,
Grandes estancias por sus comedores,
Ricas minas en todas sus comarcas:
Traté de sus primeros pobladores
Villanueva, Rincon y Sancho de Arcas,
Jerónimo Fernandez de Virués,
Que hoy con vida hado sobreseés.

Mas esta guerra cuando se hacia
Fué años atrasados desta gente,
Y en San Germán entonces residia
Cristóbal de Mendoza por tiniente:
Señalado varon en valentia
Y contra los caribes excelente,
El cual por desear verse con estos
Sesenta buenos hombres hizo prestos.

Embarcáronse pues con buen recado
Y ganas de hallar los enemigos,
Nuestro Mendoza muy regocijado
Por querer ir con él de los antiguos:
Pero Lopez de Angulo, Joan Casado,
Joan de Leon, Quindós y otros amigos,
Porque tenia ya de tales lanzas
No vanas, sino ciertas esperanzas.

Llevaron para esto buena guia,
Y para su viaje tiempo hecho;
Llegaron á Vieque por tal via,
Que no pudiera ser mas á provecho,
Por tener la caribe compañía
Las piraguas en un lugar estrecho,
Donde por ser la boca recogida
Podian estorbarles la salida.

Fué rato de la noche su llegada
Guiando los navios á las lumbres,
La gente de los indios ocupada
En tierra con sus ritos y costumbres;
Y así los bergantines del armada
Entraron sin ningunas pesadumbres,
Y sin que reparasen en las aguas
Les pudieron tomar doce piraguas.

Audieron los indios al ruido,
Segun suele venir gente tan fiera;
Habiendo ya Mendoza proveído
Gente para la mar y para fuera,
A tierra sale bien apercebido
Tomando con cuarenta la ribera,
Con buen ardid y grande diligencia,
Puesto caso que no sin resistencia;

Porque los bárbaros, mozos y canos
Arremetieron duros y protervos,
Con lanzas y macanas en las manos,
Bien como los lebreles á los ciervos,
O como contra pollos los milanos,
O ya de la manera que los cuervos
Se suelen abatir á carne muerta,
Al tiempo que la hambre los despierta.

Pospónense temores, huyen miedos,
Nadie muestra señal de cobardia,
Los indios con tan ásperos denuestos
Cuanto necesidad allí pedia;
Pero los españoles no van quedos,
Pues cada cual del brazo se valia,
Con golpes y con puntas tan estrañas
Que rasgan pechos, rompen las entrañas.

Gran grita y alarido se condensa
Después que Yahureibo tocó cuerno,
Encendido de furia tan inmensa,
Así como si fuera del infierno:
Tiros á tiros dan la recompensa,
A cuchillada golpe nada tierno,
Descalabró cabezas, quebró muelas,
Hizo pedazos manos y rodela.

Pero Lopez de Angulo como via
Aquel indio que tanto se estremaba,
Puesto caso que no lo conocia,
Ni ser el Yahureibo se pensaba;
Por refrenar tan suelta valentia
Y poder quebrantar su furia brava,
Salióle con sus armas al encuentro,
Mas él no se retrajo mas adentro.

Al singular certamen van dispuestos
Ambos á dos de juventud lozana,
Mancebos, altos, sueltos, bien dispuestos,
Y cada cual con increíble gana:
Para los golpes y respuestas prestos,
Uno con hierro y otro con macana,
Rompen aquí y allí, y en breves puntos
Los dos leones fieros se ven juntos.

Angulo le libró con el espada
Un golpe de revés embravecido,
El indio rebatió la cuchillada
Con soltura y ardid jamás oido;
Y dió con la macana levantada
Golpe no de varon enflaquecido,
Sinó con violencia tal que pudo
Hacelle dos pedazos el escudo.

El Pero Lopez dél no se desvía,
Aunque el escudo fuerte vió deshecho;
Mas antes con lozana gallardia
A él encaminó salto derecho;
Y como Yahureibo no huía,
Vinieron á juntar pecho con pecho,
Forcejando con piernas y con brazos,
Tanto que se hacian mil pedazos.

Bien así como dos feroces perros
De natural furor estimulados,
O ya con las carlanças, ó sin hierros,
Sobre los piés traseros levantados,
Erizados los pelos de los cerros,
Dándose crudelísimos bocados;
Y aunque dura gran rato la porfia
Ninguno dellos siente mejoría;

Así con la cudicia del trofeo
Trabaja cada cual, y nadie medra;
No quiere Yahureibo ser Anteo
Con ser el Pero Lopez firme piedra:
Los brazos á los cuerpos dan rodeo
Segun á duras plantas verde yedra,
Ninguno dellos piensa de rendirse,
Ni quiere del contrario desasirse.

Andando pues la lucha tan trabada
No sin pelos de barbas y cabellos,
Con rodilla, puñete, cabezada,
Sudando ya los pechos y los cuellos,
Con arma de dos filos enastada
Francisco de Quindós llegó sobre ellos,
Y al falto de vestidos y de faldas
Atravesó por medio las espaldas.

Pesó por el honor de lo que toco
Al Pero Lopez desta su venida,
Y mucho mas de ver el modo loco
Que tuvo para dalle la herida;
Pues Yahureibo muerto, faltó poco
Para que lo privara de la vida,
Porque como pasó de buena gana
Un poco le tocó la partasana.

Aquestos duros trances acabados,
Encuentros y rencuentros escesivos,
Los caribes quedaron mal parados,
De doscientos, ochenta solos vivos;
Los cuales todos fueron maniatados
Quedando por esclavos y captivos;
Diez heridos de los de nuestra suerte,
Pero ninguno dellos fué de muerte.

Con grillos, con cadenas ó tramojos
Los indios en los barcos son metidos,
Mitigáronse mucho los enojos
De los daños atrás acontecidos:
Con la presa volvieron y despojos
A donde fueron muy bien recibidos;
Y los demás negocios desta gente
Os diremos agora brevemente.

CANTO SETIMO,

Donde se cuenta cómo privaron del gobierno á JOAN PONCE DE LEON, el mal galardón que se dió á los valerosos conquistadores que hallaron la tierra, las novedades que hubo después que Joan Ponce dejó el cargo, con otras muchas cosas hasta la muerte del dicho Joan Ponce.

Nunca jamás envidia se desvía
De la prosperidad mas eminente;
Antes nacieron ambas en un día
Y entrambas van creciendo juntamente:
Envidia es universal espía
Que persigue la mas ilustre gente,
Y con mayor vigor en estas partes
Compuso sus reseñas y estandartes.

Con la moderna gente que venía
Llegó gran cantidad deste veneno,
Que los mas buenos hechos deshacia,
Y nadie de sus bocas era bueno:
Antes cualquiera dellos pretendía
Gozar sin su trabajo del ajeno;
El hombre vil y el mas soez de todos
Decía que venía de los godos.

Y así, fraudes, engaños y cautelas
Que trajeron algunos pobladores,
Contra Joan Ponce van á todas velas
Y contra sus primeros valedores:
Ocuparon al rey grandes novelas
De parte de malditos escritores,
Y como los caminos eran largos,
No pudo por entonces dar descargos.

Al tiempo pues que estaban esperando
El galardón sus inclitos soldados,
Privaron al Joan Ponce de su mando,
Quedando todos muy desconsolados:
La tierra repartió contrario bando
Y quedaron así mas agraviados,
Por ver que se llevó la mejoría
El inútil que no lo merecía.

Mas esto no es en Indias cosa nueva,
Y siempre se será lo que fué antes;
Tenemos destas cosas larga prueba,
Por haber visto muchas semejantes:
Pues quien postero va primero lleva,
Mayormente malsines y chocantes,
Con deudos y criados de jueces,
Que ya todo lo hinchen estas heces.

No tienen ellos cuenta con el fuerte
Ni con quien ha mejor al rey servido,
Y aun aquí Salazar quedó sin suerte,
Con que fué del jaez que habeis oido:
Este varón murió cristiana muerte,
De dolores de bubas afligido,
Armado de grandísima paciencia
Y con examen largo de conciencia.

Rigió después aquestas compañías
Un Joan Ceron, á todos odioso,
Y así por tener cargo pocos días
Los gobernó Rodrigo de Moscoso;
Sucedíole por muchas demasias
Cristóbal de Mendoza valeroso,
Varón capaz, sagaz y diligente
Y en todos sus designos escelente.

A este por su bien el rey lo llama,
Sucediendo Velazquez licenciado,
Herederó de harto mala fama,
Y así deste gobierno fué privado;
Vino después Antonio de la Gama,
En estas partes hombre señalado;
Luego Pedro Moreno tuvo mando,
Y después deste Manúel de Olando.

Estos solos que el verso representa
Me pareció decir deste distrito;
Pues corre ya la era de setenta
Y nueve, do los pongo por escrito:
Pues si de los demás hiciese cuenta,
Sería proceder en infinito,
Y nunca resumir en largos cuentos
Las vueltas y diversos movimientos.

Y porque de memoria no me fio,
En los demás vecinos no reparo;
Pero sé que fué gente de gran brio,
Y de necesitados buen amparo:
Fué dellos un señor, amigo mio,
El nombre del cual es Francisco Caro,
De quien os contaré con verdad pura
Una muy venturosa desventura.

Usando de virtudes y proezas,
En guerra y paz se dió tan buena maña
Que granjeó gran copia de riquezas,
Y quiso trasportallas en España;
Navegaba marinas asperezas
Con gente que sus vias acompaña;
En dos buenos navios proveidos
De cuanto cumple ser apercebidos.

El mar que á movimientos es sujeto
Le volvia las ondas en llanura,
Dando seguras muestras de quieto,
Si pudiera tener hora segura;
Mas sin tormenta suple su defecto
Otra calamitosa desventura,
Pues cosa no se ve que no lo sea,
Aunque patentemente no se via.

Fué pues que navegando reta via
Con prósperos aflatos el entena,
Llegada ya la clara luz del día,
Cuando navegacion da menos pena,
Por la siniestra mano discurría
Una poderosísima ballena,
Y embistió con la nave desdichada,
De semejante caso descuidada.

Como quien deseoso del entrego
Alguna fortaleza contramina,
Donde sulfúreos polvos pone luego
Sin tener los cercados la ruina;
Y con horrible trueno puesto fuego
Los saltea con muerte repentina,
Y la velocidad es de tal suerte
Que mueren sin que sepan de qué muerte;

Con impetu tan fiero sumergido
Este navio fué por la sondura,
Sin le ser un momento concedido
Para poder llorar su desventura;
El descuidado y el apercebido
Tuvieron una misma sepultura;
Con velas de las naos van cubiertos
Y amortajados antes de ser muertos.

En aquellos mortíferos extremos
La jarcia no los deja de revueltos;
Otros, según que ya dicho tenemos,
En sinuosas velas van envueltos,
Otros hicieron de sus brazos remos
Que desde la cubierta fueron sueltos,
Y entre ellos con valor y esfuerzo raro
Mostró bien ser quien es Francisco Caro.

Pidiendo va socorros á María,
Como quien es su muy aficionado,
Esforzando la poca compañía,
Que también como él andan á nado;
Llamóles al batel que ya tenía
Entre marinas aguas anegado,
Diciéndoles: «pues es el viento manso,
Tenemos algún tanto de descanso.

» Este remedio es mas conveniente
A males que de bienes son ajenos,
Entre tanto que pena tan terrible
Procuran remediar algunos buenos;
Pues la gente demás es imposible
Que de su vista no nos eche menos;
Y si, como pensamos, es aquesto,
El remedio tenemos aquí presto.

Admirada la nave compañera
Deste desaparecer tan repentino,
A gran furia batel echaron fuera,
Y para ver qué fué hacen camino:
Hallaron estos ya de tal manera,
Que fué la brevedad cual les convino;
Pues, aunque el mar estaba de bonanza,
Peligro prometía la tardanza.

Aquellos miserables afligidos
Templaron su dolor con la venida,
Por estar todos ellos poseidos
De gran desconfianza de la vida;
Fueron pues en la nave recibidos
Con el que desde España no me olvida
A quien escribo cartas, y reescribe,
Y viva muchos años como vive.

Vuelvo pues á Joan Ponce, poderoso
En los dones de Juno y de Belona,
Que de mayor empresa codicioso,
Y de servir á la real corona,
Nunca quiso jamás tomar reposo
Pudiendo ya gozallo su persona;
Y así fuera del cargo de justicia,
Quiso sacar á luz esta noticia.

Entre los mas antiguos desta gente
Había muchos indios que decían
De la Bimini, isla prepotente,
Donde varias naciones acudian,
Por las virtudes grandes de su fuente,
Do viejos en mancebos se volvían,
Y donde las mujeres mas ancianas
Deshacían las rugas y las canas.

Bebiendo de sus aguas pocas veces,
Lavando las cansadas proporciones,
Perdían fealdades de vejeces,
Sanaban las enfermas complejiones;
Los rostros adobaban y las teceas,
Puesto que no mudaban las faiciones;
Y por no desear de ser doncellas
Del agua lo salían todas ellas.

Decían admirables influencias
De sus floridos campos y florestas;
No se vian aun las apariencias
De las cosas que suelen ser molestas,
Ni sabían que son litispensiones,
Sino gozos, placeres, grandes fiestas:
Al fin nos la pintaban de manera
Que cobraban allí la edad primera.

Estoy agora yo considerando,
Segun la vanidad de nuestros días,
¿Qué de viejas vinieran arrastrando
Por cobrar sus antiguas gallardias,
Si fuera cierta como voy contando
La fama de tan grandes niñerías!
¿Cuán rico, cuán pujante, cuán potente
Pudiera ser el rey de la tal fuente!

¿Qué de haciendas, joyas y preseas
Por remozar vendieran los varones!
¿Qué grita de hermosas y de feas
Anduvieran aquestas estaciones!
¿Cuán diferentes trajes y libreas
Vinieran á ganar estos perdones!
Cierto no se tomara pena tanta
Por ir á visitar la tierra santa.

La fama pues del agua se vertía
Por los destos cabildos y concejos,
Y con imaginar que ya se via
En mozos se tornaron muchos viejos:
Prosiguiendo tan loca fantasía
Sin querer ser capaces de consejos;
Y así tomaron muchos el camino
De tan desatinado desatino.

Al norte pues guiaron su corrida,
No sin fortunosisimos rigores,
Bien lejos de la fuente referida
Y de sus prosperados moradores;
Mas descubrió la punta que Florida
Llamó, porque la vió pascua de flores;
Volvióse hecho tal descubrimiento,
Y pidiólo por adelantamiento.

El rey nuestro señor, que bien sabía
Sus servicios, proezas y valores,
Luego le concedió lo que pedía
Con otras mas mercedes y favores;
Por las cuales Joan Ponce prometía
De le hacer servicios muy mayores;
Y para los efectos deste cargo
De los bienes ganados gastó largo.

De gentes y pertrechos proveida
Aderezóse luego grande armada,
Pusieron en efecto la partida
Para muerte de muchos deseada;
La tierra se tomó de la Florida
Con un escaramuza muy trabada,
Por venir á la playa los floridos
En su defensa bien apercebidos.

Son los floridos todos bien dispuestos,
Membrudos, recios, sueltos, alentados,
En todas proporciones bien compuestos,
En los arcos y flechas muy usados;
Son en sus armas sumamente prestos
Y en las peleas nada descuidados,
A los contrarios van viejos y nuevos
Como las bestias fieras á sus cebos.

No nada con tal impetu sirena,
Ni por las bravas ondas tan esperta,
Pues cada cual y no con mucha pena
Entre voraces peces se despierta;
Matan en alta mar una ballena
Para la repartir después de muerta,
Y aunque ella se zambulla, no se ciega
El indio, ni de encima se despega.

No puede con sus fuerzas no ser flacas
Desechallo de encima las cervices,
El indio lleva hechas dos estacas
De durísimas ramas ó raíces,
Y en medio de las ondas ó resacas
Se las mete de dentro las narices,
La falta del resuello la desmaya,
Y así la hacen ir acia la playa.

Son las cazas y pescas sus usanzas,
Y en aquesto consisten sus primores,
Aquí suelen poner sus esperanzas
Los niños y mancebos y mayores;
Ansi se curan poco de labranzas,
Y entre ellos háy muy pocos labradores,
Sus usos á las noches y mañanas
Son mazas, arcos, flechas y macanas.

La tierra con verdores se matiza,
Y desde lejos buen color esmalta;
Pero si la hollais escandaliza,
Por ser de bastimentos toda falta;
En su mayor compás anegadiza
Sin parte que podamos decir alta;
Hay por estas distancias y caminos
Cantidad de nogales y de pinos.

Desembarcaron pues recién venidos
En tierra que por ellos se desea;
Pero gran cantidad de los floridos
Apercebiéronse para pelea;
Y tan desvergonzados y atrevidos
Que cosa no se vió que mas lo sea:
Joan Ponce de Leon como valiente
Puso también en orden nuestra gente.

Sin temor de fortuna mal aviesa
Salieron españoles al encuentro;
Mas el que hizo mas brava promesa
Se quisiera meter dentro del centro;
Porque los indios dieron tanta priesa,
Que huyeron los mas la mar adentro;
Las voces de Joan Ponce con su hecho
Por allí fueron de ningún provecho.

Porque vió de su gente ya caída
Gran cantidad por uno y otro lado,
Los vivos todos iban de huida,
Sin que guardasen orden concertado;
El ansimismo de mortal herida
El un muslo tenía traspasado,
Y parecióle ser intento loco
No irse retrayendo poco á poco.

Tenia de la dura competencia
Traspasado de tiros el escudo,
Y procuró salir de la pendencia
Viéndose de los suyos tan desnudo;
Al fin con perniciosa resistencia
Embarcóse con todos los que pudo;
Quedaron deste grande vencimiento
Los indios con mayor atrevimiento.

Porque dias después del alboroto
Del trance que dijimos riguroso,
A la misma conquista vino Soto
Capitán de Pirú muy valeroso;
Pero de aquella suerte fué remoto
En esta, donde vino poderoso,
Por hallar gente pobre no tan blanda,
Y así murió también en la demanda.

Luego tentó pedir esta jornada,
Conclusos estos trances que resumo,
Un caballero Pedro de Ahumada,
Mas ahumada fué que no dió humo;
Pues no quiso hacer la tal entrada
Pareciéndole ser de poco zumo,
Y después muchas naos pasajeras
Se perdieron entre estas gentes fieras.

En los que naufragaban se hacia
Por estos indios poco compasivos
Lo que su condiccion cruel pedía
Después ya de sujetos y captivos;
Aunque después, segun que se decía,
Algunos dellos se hallaron vivos,
Pintados como indios y á su modo
En armas, en posturas y en el todo.

Con todas estas faltas y reverses
Quisiera poseer estas riberas
Impetuosa fuerza de franceses,
Y allí pusieron armas y banderas,
Gran cantidad de tiros y pavese
Para robar las naos pasajeras,
Pareciéndoles ser aqueste puesto
Para tales designos bien compuesto.

Pero Filipo magno, rey de España,
Siendo de tales cosas informado,
Para descomponer la gran compañía
Del cosario francés desacatado,
Envió capitán de buena maña,
Que fué Melendez el adelantado,
El cual de dentro y fuera de su fuerte
A todos los mató de mala muerte.

Y por no convenir hacer desvío
De tierras de tan gran inconveniente,
Nuestro rey se las dió por señorío
Y están pobladas ya de nuestra gente;
Pero quiero volver al curso mio,
Y al Joan Ponce que dejó mal doliente,
El cual con sus soldados encamina
Sus naos á la isla Fernandina;

Donde sin mejorar de su herida
Llegó con las reliquias del armada:
Reconoció cercana su caída
Dispúsose muy bien á la jornada;
Dió fin á los trabajos desta vida
Pocos dias después de su llegada,
Con gran dolor de todas estas gentes,
De mujer y de hijos y parientes.

Algo fué rojo, de gracioso gesto,
Afable, bien querido de su gente,
En todas proporciones bien compuesto,
Sufridor de trabajos grandemente,
En cualesquier peligros el mas presto,
No sin extremos grandes de valiente,
Enemigo de amigos de regalos,
Pero muy envidiado de los malos.

Todos aquellos hombres principales,
Vecinos de la isla Fernandina,
Solenizaron estos funerales,
Con gran autoridad y pompa dina,
Segun las ceremonias de los tales
Al tiempo que al sepulcro se camina:
Y en el túbulo alto que tenia
Un dístico pusieron que decía:

*Mole sub hac fortis requiescunt ossa Leonis.
Qui vicit factis nomina magna suis.*

Aqueste lugar estrecho
Es sepulcro del varon,
Que en el nombre fué Leon
Y mucho mas en el hecho.

ELEGIA VII.

*Elogio de DIEGO VELAZQUEZ DE CUÉLLAR, adelantado y go-
bernador de la isla de Cuba ó Fernandina, con la des-
cripcion della y la relacion de cosas allí acontecidas,*

EN UN SOLO CANTO.

Otro varon cantamos valeroso
Que fué no menos digno de escritura,
Diego Velazquez, hombre venturoso,
Y que pudo tener mayor ventura,
Si acaso por gozar ya de reposo
No perdiera sazón y coyuntura,
Fiando su poder y sus intentos
A capitán de grandes pensamientos.

Fué natural de Cuéllar, en España,
De parentela noble descendiente,
Mancebo principal en la compañía
Cuando trajo Colon segunda gente;
Fué siempre capitán de buena maña,
Para cualesquier guerras suficiente,
Pues ó con gentes ó persona sola
Sirvió muy bien al rey en la Española.

Aquesta como fuese conquistada,
Y la de Cuba solamente vista,
Siendo digna también de ser poblada
Por gente cuya fuerza no resistía,
Fué Sebastian de Ocampo con armada,
A quien el cargo dió de su conquista,
El comendador Nicolas de Ovando
Que entonces en las Indias tuvo mando.

El Ocampo, no siendo tan bastante
Que pudiese vencer aquesta gente,
Don Diego, sucesor del almirante,
Al Velazquez nombró por su teniente,
Para tales conquistas importante
Y en ellas muy cursado y escelente;
El cual con el recado que convino
Con brevedad anduvo su camino.

Porque desde Hayti derecha via
A lo que Cuba tiene mas cercano,
Ochenta millas son de travesía
O veinte leguas de uso castellano;
Jamalca le dan al mediodía,
Al oriente Hayti toma la mano,
Al norte la Florida va corriente,
Yucatán á la parte del poniente.

Tiene, segun se ve por esperiencia,
De aquel los que mejor han hecho cuenta
Seiscientas leguas de circunferencia,
Y por la mas anchura son setenta;
Hoja de salce es el aparencia,
Y así por partes es menos de treinta;
Todo lo mas es monte y espesura,
Y mas de veinte grados el altura.

Año de once, hizo su llegada,
Sobre mil y quinientos ya pasados;
Comenzó la conquista deseada
Con diestros y fortisimos soldados,
Sucedióle muy bien en la jornada
Por no tener reencuentros porfiados;
Y así, porque tuvieron riesgo poco,
No hago mencion dellos ni lo toco.

Hallaron potentisimos asientos,
Y con gran cantidad de naturales,
Dellos distribuyó repartimientos
Por todos los soldados principales;
Descubriéronse ricos nacimientos
De oro y abundancia de metales,
Y luego por los puertos destes mares
Fundó ciudades, villas y lugares.

La primera de quien memoria hago
Por ser también primera del concierto,
Es la ciudad que dicen Santiago,
Puerto de todas partes encubierto;
Pero con grande loa yo no pago
Las muchas que se deben á tal puerto;
Pues hasta la ciudad conmemorada,
Es casi de dos leguas el entrada.

A los principios es un angostura,
Buena de defender por cada lado;
Pero dentro contiene gran anchura,
Mar fondo, limpio, bello, sosegado,
Donde surge la nave tan segura,
Que el marinero duerme sin cuidado;
Tiene islas, verdoros, praderias,
Insignes y admirables pesquerias.

Aquí pusieron silla los mayores,
Iglesia catedral, honesto clero,
De sus obispos santos y pastores
Fray Bernardo de Mesa fué primero;
Muchos otros después y no peores,
Pues fray Miguel Ramirez fué tercero,
Dominicos muy dotos todos estos,
Y en sus costumbres todas bien compuestos.

También hizo fundar al otro lado,
A la parte del norte la Habana,
Que es puerto principal, y frecuentado
De pasajera gente castellana,
De los contratos es aprovechado,
Grandísimo caudal el que se gana;
También poblaron otros pueblos buenos
Que vinieron después a mucho menos.

Y en aquella sazón eran cabales
En oro, campos, hatos multiplicos,
Engrosándose mucho los caudales,
Las haciendas de grandes y de chicos;
Y así, Diego Velazquez y otros tales
Se hicieron en gran manera ricos;
El cual hizo la guerra sin desmanes,
Y tuvo valerosos capitanes.

Mayormente Cortés, que bien mirado
Su discurso, que calló de presente,
Puede con gran razon ser comparado
A quien tuvo valor mas eminente;
Pero terná particular tratado,
Si Dios me diere vida suficiente,
Cuando cante sus bríos y su maña
En lo que se dirá de Nueva-España.

En cuyo principal descubrimiento
Otros también de Cuba sus vecinos
No carecen de gran merecimiento,
Antes de grandes gracias fueron diños;
Pues que para riqueza tan sin cuento
Abrieron claras sendas y caminos,
Con Francisco Fernandez, que tenia
De Córdoba segunda nombradía.

Aqueste descubrió primeramente
Tierra de Yucatán y su partido,
Donde tuvo reencuentros con su gente,
De los cuales salió muy mal herido,
Y de los suyos muertos mas de veinte;
Holgóse grandemente como vido
Gente vestida, grande policia,
Y edificios de buena cantería.

Huyendo se embarcó la gente nuestra,
La mayor parte dellos malparados;
Mas aunque la fortuna fué siniestra
En matalles allí veinte soldados,
Parece que en hallar tan rica muestra
Los vivos se hicieron consolados;
Tuvieron este duro repiquete
En el año que fué de diez y siete.

Luz dieron á los de la Fernandina
La gente que del caso vino salva,
Y fuéles como lumbre matutina,
O claro resplandor de la del alba;
Y así Diego Velazquez determina
De enviar al varon Joan de Grijalva,
Por tomar, antes que otro los escluya,
Posesion por el rey de parte suya.

Con grande diligencia proveido
Lo necesario para sus avios,
Partió con el designo referido
Con soldados y copia de navios;
Costeando la tierra donde vido
Indicios de potentes señorios,
Tomó la posesion en esta tierra,
No sin impedimentos de la guerra.

Pues los indios, temiendo novedades,
No dejaron de dar ciertos rebatos;
Pero después hicieron amistades
Y tuvieron sus tratos y contratos,
Que fueron á las dos parcialidades
Provechosos los unos y otros gratos;
Pues lo que por los indios se contrata
Eran ricas preseas de oro y plata.

Este rico contrato celebrado,
Grijalva por la causa manifiesta,
Hizo venir á Pedro de Alvarado
Con muestra tan insigne como esta;
Mas vino tras él, sin que recado
Esperase de Cuba ni respuesta;
Velazquez recibió grandes enojos,
Y nunca quiso vello de sus ojos.

Porque el gobernador, considerando
Ser muestras de grandísimos provechos,
Andaba con gran prisa concertando
Envialle socorros y pertrechos;
Otros después anduvo combinando
Para que se encargasen destes hechos,
Y por les acortar el interese
Ninguno dellos hubo que quisiese.

Mas Fernando Cortés, varon esperto
En mañas, en esfuerzos y en aviso,
No rehusó hacer cualquier concierto,
Y concedelle todo quanto quiso;
Mas antes que partiese deste puerto
Estaba ya Velazquez arrepiado,
Pareciendo negocio peligroso
Confiansa de hombre tan brioso.

Procuró de hacer esta jornada
Poniendo ciertas causas por escudo;
Pero halló la puerta tan cerrada,
Que trabajó de entrar y nunca pudo,
Porque de gente muy calificada
Estaba ya Cortés nada desnudo;
Al fin disimuló desta manera
Lo que disimular jamás quisiera.

Quedó Diego Velazquez con tristura
Por no poder salir con el intento,
Fuése Cortés en buena coyuntura
Llevando todo buen aviamiento;
Llamándolo su próspera ventura
Para dar al deseo cumplimiento,
Donde se señaló con tales cosas
Que se pueden contar por milagrosas.

De su sospecha los efectos luego
Diego Velazquez vió por esperiencia,
Pues Cortés alentado del entrego,
Y con recurso de mayor potencia,
Quiso hacer cabeza de su juego
Y á solo Dios, y al rey dar obediencia;
Y así con sus victorias y fortuna
No hizo caudal dél en cosa alguna.

Por verse fuera de tan gran pujanza
Tuvo Velazquez grave sentimiento;
Por lo cual procuró luego venganza
De tan perjudicial atrevimiento:
Y con victoriosa confianza
De mucha gente hizo llamamiento,
Poco menos llegó de mil soldados
Y once navios gruesos artillados.

Teniendo ya recaudo conveniente
De cosas necesarias á la guerra,
Nombró por general y por tiniente,
Porque facilitaba la carrera,
A Pánfilo Narvaez el valiente,
Pero contra Cortés que mas lo era,
Y luego supo la real audiencia
Aquesta disension y competencia.